

puesto que por prueba de este amor les dió un poco de pan, diciendo: ESTE ES MI CUERPO, y un poco de vino, añadiendo: ESTA ES MI SANGRE, no pudo por menos de ser realmente *su sangre y su cuerpo*; porque es absurdo y repugnante, que un poco de pan y de vino que nada valen, hubiese de responder y asegurar el amor infinito del corazón sacratísimo de Jesús.—¿Se dirá que Jesucristo en sus riquezas infinitas tuvo más que dar?—No. ¿Se dirá que tuvo y no supo dar?—Tampoco. ¿Se dirá que teniendo y sabiendo no quiso ser más dadivoso?—Mucho menos, porque esto repugna con su bondad infinita. Luego si *tuvo, pudo, supo y quiso, lo hizo*, y en la sagrada Eucaristía *se contienen realmente el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Cristo nuestro Señor*. Pero esto lo probaremos con más extensión en el capítulo siguiente:

CAPÍTULO XV

Pruébese la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía.

1. Dios se ha mostrado muchas veces á los hombres en forma de fuego.—¿Por qué?—3. Razón de este capítulo.

DIOS nuestro Señor, infinito en misericordia, se ha dignado muchas veces aparecerse á los hombres rodeado de brillantes resplandores. En el Sináí, queriendo promulgar su divina Ley, se dejó ver en carroza ignea, mostrando su majestad y su gloria al pueblo de Israel. (Exodo, XIX, 18.)

El profeta Daniel vió al Señor como un anciano de días, sentado en trono de fuego, con ruedas encendidas, y río impetuoso de llamas salía ante su faz. (Daniel, VII, 9.)

A los tres jóvenes en el horno de Babilonia se les apareció el Señor en medio del abrasador elemento; y cuando en el desierto sirvió de guía al pueblo escogido, hizolo en columna de fuego. (Dan., III, 92, y Exodo, XIV, 24.)

Estando Moisés apacentando las ovejas de Jethro, subió al monte Horeb, y oyó la voz del Señor saliendo de una zarza, la cual ardía y no se quemaba.

2. ¿Por qué—se dirá—quiso el Señor Dios mostrarse á los hombres en forma de fuego, con preferencia á ningún otro elemento?—Es—responden los sagrados expositores—porque el fuego es simbolo del amor, y Dios es amor por esencia. Por eso el Espíritu Santo quiso también descender sobre los Apóstoles en llamas encendidas; por eso Jesucristo dejó ver su Corazón divino á la Beata Margarita María de Alacoque, ardiendo en su parte superior; y por eso el mismo Jesús alienta á sus discípulos diciéndoles: *Fuego he venido á traer al mundo, y ¿qué otra cosa quiero sino que arda?* (Lucas, XII, 49.) «¡Oh hombres!—parece decirnos el Salvador divino;—mi corazón os ama entrañablemente, infinitamente, eternamente. *Por amor* vuestro descendí del cielo y me anonadé en la tierra; *por*

amor quise sudar sangre y morir en la cruz; *por amor*, y sólo *por amor*, escondí mi humanidad sacrosanta y mi divinidad en la Sagrada Eucaristía; *por amor* tuve mis complacencias en quedarme con vosotros y darme en alimento para vuestras almas en el Santísimo Sacramento del altar.»

3. Verdaderamente, ya lo hemos probado; el fuego del amor divino que ardía presuroso en el corazón amabilísimo de Jesús, fué la causa de que en la noche de la Cena instituyera la Sagrada Eucaristía. Ya sabemos cómo lo hizo; ya hemos considerado sus propias palabras; ya se colige de ellas la realidad del misterio eucarístico, ó sea la real presencia de Jesucristo en el *Sacramento del amor*; mas como estamos en un siglo de incredulidad en que los herejes deliran y blasfeman fuera de todo lo razonable, y como, por otra parte, es para el cristiano dulce y consolador saborear los misterios inefables de Dios, juzgamos que no holgará aquí pesar las razones en que se apoya nuestra fe, y presentar á los ojos de todos los argumentos principales que prueban *la real presencia de Jesús en la Eucaristía*. Estos argumentos son:

- 1.º *La Santa Escritura y la Tradición.*
- 2.º *Los Santos Concilios.*
- 3.º *La creencia y práctica de la Iglesia universal.*
- 4.º *La imposibilidad de que el Misterio eucarístico sea invención humana.*
- 5.º *La confesión de los herejes y los milagros.*

En el presente capítulo trataremos sólo de los dos puntos siguientes:

- 1.º **Pruebas de Escritura y Tradición.**
- 2.º **Pruebas de los Concilios.**

§ I

PRUÉBASE LA REAL PRESENCIA DE JESUCRISTO EN LA EUCHARISTÍA POR LA SANTA ESCRITURA Y POR LA TRADICIÓN

4. La Eucaristía reúne en sí todas las maravillas del universo.—5. Pruébase la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía por las Santas Escrituras.—6. Confirmación de San Pablo.—7. Pruébase por la tradición de todos los siglos.

4. Grande misterio é inaudito prodigio obró la sabiduría infinita en el principio de los tiempos, cuando al formar el hombre unió á su cuerpo de barro alma espiritual, con respiración de vida sobrehumana, ó sea de gracia santificante.

Asombrosos fueron los portentos que más tarde llevó á cabo en la tierra, en las aguas y en el aire por la vara maravillosa de Moisés, gran caudillo de Israel.

Mayores sin comparación fueron los milagros que su omnipotencia divina realizó en el mundo, haciendo que la virginidad se uniera con la maternidad, y que de tres substancias enteramente diversas, *Verbo, alma, carne*, quedara constituida *una sola persona divina*, sin confundirse las substancias, y permaneciendo oculta la divinidad bajo el velo de la humanidad (1).

Pero ¿qué son todos estos misterios y prodigios, comparados con los innumerables que tenemos á la vista de nuestra fe en el augusto Sacramento de la Eucaristía, donde el mismo Verbo hecho carne, ó sea el Cuerpo, la Sangre, el alma y la divinidad de Jesucristo se hallan *real y substancialmente presentes*, del mismo modo que están en los cielos, velado todo bajo las especies sacramentales de pan y de vino? Con razón se ha dicho que este Sacramento es el misterio de los misterios, el milagro de los milagros de Dios, y que reúne en sí cuantas maravillas ha obrado el Señor desde el principio del universo hasta nuestros días, sin que sea dable obrarlos mayores en favor del hombre en toda la sucesión de los siglos por venir (2).

Pues bien: como el punto principal en el Misterio eucarístico es *la real presencia de Jesús en el Santísimo Sacramento* y como de esta verdad se derivan todas las demás que tanto asombran nuestra inteligencia al contemplar la Hostia consagrada, forzoso es quedarla bien establecida, *ya por la fe, ya por la razón* iluminada por la misma fe, *ya por los milagros* que la evidencian (3).

5. 1.º LAS SANTAS ESCRITURAS.—Clara y patente se ofrece en los libros sagrados la *promesa* de la Eucaristía hecha por el divino Salvador. Dijo á sus Apóstoles: *No os dejaré huérfanos*. (Joann., XIV.) *Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos*. (Matth., XXVIII, 20.) *Yo soy el pan vivo bajado del cielo, y el que coma de este Pan vivirá eternamente*. (Joann., VI, 51-52.)

(1) Non confusione substantiae, sed unitate personae. (Symb. Athanas.)

(2) Maximum miraculorum Christi.—In Eucharistia Deus tot et tanta mirabilia inclusit, quot in ipso videtur quasi omnium mirabilium quae ab initio mundi fecit, memoriam renovare. S. Thom., *Opusc.* 58 y 59.—Sacramentum sacramentorum mysterium mysteriorum. (S. Dionis.: *De divin. Hierarch.*)

(3) Dicendum, non posse sola ratione naturali evidenter demonstrari hoc mysterium esse possibile; posse tamen evidenter ostendi, non demonstrari impossibile.—Dicendum praeterea posse ratione naturali ostendi, hoc mysterium fuisse valde conveniens, et divinae bonitati, ac hominum utilitati maxime consentaneum. (Suárez, tomo 21, pág. 35, n. 4 y 6. Edición de París, 1877.)

Esta es la promesa; no puede ser más terminante.—Pero ¿qué Pan es éste?—El mismo Jesucristo lo dice, para que á nadie le ocurran dudas.—*El Pan que Yo os daré—dice—es mi carne para la vida del mundo* (1). Así lo entendieron los discípulos, así lo entendieron los judíos, y por eso decían éstos: *¿Cómo puede éste darnos su carne á comer?* (2).

¿Cómo? ¡Oh incrédulos judíos! Oid la contestación que os da el mismo Jesús: *Las palabras que os he dicho son espíritu y vida*. Lo cual fué decirles: «No lo alcanzáis con los sentidos, pero someted vuestra razón.» El gran Padre San Agustín se hace cargo de esta pregunta y responde: «¡Oh judíos! De qué modo Jesucristo se da y cómo se ha de comer este Pan, lo ignoráis; sin embargo, si no coméis dicho Pan, no viviréis: la orden es formal, y en cumplirla os va la vida.» (*De praesent. in Sacram.*)

¿De qué manera hizo el Señor fácil lo que á ellos parecía difícil? Este es el misterio, y Jesús le descifra instituyendo la Sagrada Eucaristía. Tomando el pan y el vino en sus manos, lo bendijo, diciendo á los discípulos: *Tomad y comed, este es mi Cuerpo. Tomad y bebed, esta es mi Sangre*.—Obsérvese, porque interesa mucho, que Jesucristo, no dijo: Esta es la figura de mi cuerpo, ni esta es la figura de mi sangre; sino: ESTE ES MI CUERPO; ESTA ES MI SANGRE; así, en absoluto y terminantemente, para evitar dudas.

6. ¿Bastó por ventura, esto? No, pues el amor y la previsión del Señor se extendió á más; Él suscitó en San Pablo un intérprete infalible de sus palabras divinas, y el Apóstol, eco fiel del Espíritu Santo, confirmó la *presencia real y substancial de Jesús en el Santísimo Sacramento*, de esta manera:

Comienza el Apóstol repitiendo textualmente á los fieles las mismas palabras de Cristo cuando dijo: *Este es mi Cuerpo. Esta es mi Sangre...* y diciendo que la realidad de la Eucaristía *la sabía por el mismo Jesús*, que inmediatamente se lo había revelado. (I Cor., XI, 25.)

El cáliz de bendición—dice—que nosotros bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es la participación del cuerpo del Señor? (I Cor., X, 16.) Esto es clarísimo, y tan persuadido se hallaba el Santo de la *real presencia* de Jesús en el Sacramento, que luego, para que recibieran la Comunión con

(1) Panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. (Joann., VI, 52.)

(2) Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? (Joannis, c. VI, 53.)

las disposiciones debidas, les dijo: *El que comiere este pan ó bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor*. (I Cor., XI, 27.) Es decir, será condenado como reo de haber profanado el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo. ¿Cómo había de afirmar esto el Apóstol si no estuviera *real y substancialmente presente* en la Eucaristía Jesucristo mismo en persona? Un cuerpo que está ausente, ¿quién le puede profanar comiendo un poco de pan ó bebiendo un poco de vino?

Mucha fuerza de probación tiene lo dicho; pero el Apóstol insiste más, para que nadie lo ignore, y añade: *El que come y bebe indignamente el pan ó el cáliz del Señor, come y bebe su propio juicio; esto es, su propia condenación, no haciendo discernimiento del cuerpo del Señor*. (I Cor., XI, 29.) Y es la causa, porque no hace distinción entre el Pan celestial, cuerpo de Cristo, y el que se usa en las mesas profanas. Si en el Pan eucarístico no se halla realmente el Cuerpo del Salvador divino, ¿qué significan las palabras de San Pablo? ¿Quién no ve que son inútiles y sin tener aplicación posible?

Pero añade más el Apóstol. *Que el hombre—dice—se pruebe á sí mismo antes de comer el Pan eucarístico, para no hacerse culpable*. (I Cor., XI, 28.) Y nosotros, considerando estas palabras, preguntamos: Si en el Santísimo Sacramento no se contiene Cristo con su virtud propia, ¿para qué hay necesidad de que el hombre se pruebe y vea cómo está su conciencia antes de comulgar? ¿Probarse para comer un simple poco de pan? ¿Hay cosa más absurda? Por otra parte, si la recepción de la Eucaristía no produce en el alma su efecto sino *por la fe* con que cada cual la recibe, como impiamente afirman los protestantes, claro es que comulgar *sin fe* será privarse del efecto eucarístico, por no hacerse reo de culpabilidad, y mucho menos de condenación eterna. Luego para todo hombre que crea en la divinidad de las Santas Escrituras bastan las palabras citadas de San Pablo para decir: *Creo que en la Hostia consagrada se contiene real, verdadera y substancialmente el Cuerpo, la Sangre, el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo*.

7. LA TRADICIÓN.—Sin embargo ¡parece increíble! los enemigos de la *realidad de la Eucaristía*, es decir, de la presencia real de Jesucristo bajo las especies sacramentales de pan y de vino, prescindien del testimonio de San Pablo y convienen en que dicha realidad fué aceptada, creída y enseñada después del siglo VII; pero que antes de esa época la creencia de la Iglesia no estaba bien

precisada. ¡Oh! Nuevo error, nuevo absurdo, que se deshace como el humo con sólo considerar *un texto de cada uno de los Santos Padres* de los primeros siglos.

Siglo I.—La Eucaristía es la carne de Jesucristo, aquella misma que padeció por nosotros.—Así San Ignacio, mártir, citado por Theodoro (1).

Siglo II.—Nosotros sabemos por los Apóstoles que este alimento espiritual, llamado Eucaristía, es el Cuerpo y la Sangre de Aquel que se hizo hombre por nuestro amor.—Así se expresó San Justino (2).

Siglo III.—Cuando vosotros gustáis el Pan eucarístico y la copa del vino consagrado, coméis y bebéis el Cuerpo y la sangre del Señor.—De esta manera habló Orígenes (3).

Siglo IV.—Siendo certísimo que Jesucristo, hablando del pan que tenía en sus manos, dijo: ESTE ES MI CUERPO, y refiriéndose al vino añadió: ESTA ES MI SANGRE, ¿quién que tenga juicio osará poner en duda esta verdad católica?—En esta forma argumentaba San Cirilo de Jerusalén (4).

Siglo V.—Esto que está en el cáliz—dijo el Crisóstomo—es la sangre que ha fluído del costado de Cristo nuestro Señor. Cuando el sacerdote católico dice en nombre de Jesús: *Este es mi Cuerpo, Esta es mi Sangre*, transfórmase el pan y el vino que se ofrecen en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo (5). Así—añade San Agustín nos hacemos Cristíferos, esto es, portadores de Cristo, porque recibimos en nosotros su Cuerpo y su Sangre (6).

Siglo VI.—Antes de ser consagrados, el pan y el vino conservan su propia substancia; mas tan luego como se pronuncian las palabras sacramentales, son el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo.—He aquí cómo juzgó de la Eucaristía San Cesáreo de Arlés.

Siglo VII.—El pan que nosotros dividimos en el Santísimo Sacramento es el Cuerpo de Jesús, que ha dicho de sí mismo: *Yo soy el Pan de la vida*; y el vino que en el cáliz bebemos es su Sangre

(1) Eucharistiam non admittunt, es quod non confiteatur Eucharistiam esse carnem Domini nostri Jesu Christi. (S. Ignac., Epist. ad Smyrn.)

(2) S. Just. in Orat. ad Ant. Imperat.

(3) Quando vite, pane et poculo frueris, manducas et bibis corpus et sanguinem Domini. (Orig., In Cant.)

(4) Cum ipse (Christus) pronunciaverit, et dixerit de pane: *Hoc est Corpus meum*, quis audivit deinceps ambigere? Et cum ipse asseveraverit: *Hic est meus Sanguis*, quis unquam dubitaverit, ajens non esse ejus sanguinem? (S. Cyril., Catech., IV, 1.)

(5) Hoc verbum transformat ea quae proposita sunt. (S. Crisost., Homil. 46.)

(6) Sic Christiferi erimus, id est, Christum ferentes, cum ejus corpus et sanguinem in membra nostra receperimus. (S. Agust., Serm. III De Ver. Apost.)

preciosísima.—¿Quiérese más claridad? Pues de este modo habló San Isidoro de Sevilla.

Siglo VIII.—El pan, y el vino, y el agua se convierten milagrosamente en el Cuerpo y en la Sangre de Jesucristo.—Esto dijo San Juan Damasceno (1).

Luego, según estos testimonios históricos é irrecusables, quedan pulverizados los herejes que niegan fuera aceptada la realidad eucarística antes del siglo VIII. Y como después de esta época están igualmente clarísimas las decisiones de la Iglesia y las sentencias de los Santos Padres, no hay camino hábil para eludir la prueba, y forzoso es que todos repitamos con San Jerónimo (Epist. 150): *El pan que Jesucristo partió y dió á sus discípulos, fué su propio Cuerpo.—Jesús es á la vez el convidado y el festín; el que come y es comido.* Pero esto se evidenciará más con lo que ahora diremos.

§ II

PRUÉBASE LA REAL PRESENCIA DE JESUCRISTO EN LA EUCARISTÍA POR LOS SANTOS CONCILIOS

8. Los Concilios anteriores al Tridentino.—9. Doctrina del Santo Concilio de Trento.—10. Cánones del mismo Concilio.—11. Resumen y conclusión.

8. Nadie ignora la divina autoridad de los Concilios generales de la Iglesia, puesto que ésta es infalible en sus decisiones dogmáticas, como asistida por el Espíritu Santo. Tampoco es necesario probar el hecho histórico de los Concilios de Nicea (en 737), de Letrán (siglo XIII) y otros (2), en los cuales se atestiguó y de-

(1) Panis, ac vinum, et aqua, per Sancti Spiritus invocationem et adventum, mirabili modo, in Christi corpus et sanguinem vertuntur. (Damasc., De Eucharist.)

(2) Estamos santificados participando de la sagrada carne y de la preciosa sangre de Jesucristo; porque no recibimos este alimento como un manjar ordinario (¡no lo quiera Dios!), ni como la carne de un hombre santificado y unido al Verbo sólo en cuanto á la dignidad, en quien la Divinidad haya habitado solamente, sino como una carne en verdad vivificante, y por consiguiente como la propia carne del Verbo, sin quien no podría ser vivificante. (Concilio de Alejandría, en tiempo de San Cirilo.)

El Concilio segundo de Nicea (VII ecuménico), después de establecer la institución de la Eucaristía, concluye con estas palabras: «Ergo liquido demonstratum est, quod nusquam Dominus, vel Apostoli, aut Patres imaginem dixerunt sacrificium sine sanguine, quod per sacerdotem offertur sed ipsum Corpus, ipsum Sanguinem.»

Pueden verse el Concilio celebrado bajo el pontificado de Nicolás II, en 1060; el presidido por Gregorio VII, en 1079, en los cuales Berenguer abjuró su error, y con la boca